

# *Romeo y Julieta*

William Shakespeare

## **PERSONAJES**

1. JULIETA. MIREIA RONDÓN.
2. ROMEO. SEBASTIÁN STIRLING.
3. NODRIZA. ÁFRICA RUIZ.
4. LADY CAPULETO. DAVID RUIZ.
5. CAPULETO. ÁLVARO SILES.

### **Escena V**

*(Alcoba de Julieta. Entran ésta y ROMEO.)*

JULIETA. ¿Quieres dejarme ya? Aún dista el amanecer: fue la voz del ruiseñor y no la de la alondra la que penetró en tu alarmado oído. Todas las noches canta sobre aquel granado. Créeme, amor mio, fue el ruiseñor.

ROMEO. Era la alondra, la anunciadora del día, no el ruiseñor. Mira, mi bien, esos celosos resplandores que orlan, allá en el Oriente, las nubes crepusculares: las antorchas de la noche se han extinguido y el riente día trepa a la cima de las brumosas montañas. Tengo que partir y conservar la vida, o quedarme y perecer.

JULIETA. Esa luz no es la luz del día, estoy segura, lo estoy: es algún meteoro que exhala el sol, para que te sirva de hachero esta noche y te alumbre en tu ruta hacia Mantua. Demórate, así, algo más; no tienes

precisión de marcharte.

ROMEO. Que me sorprendan, que me maten, satisfecho estoy con tal que tú lo quieras. No, ese gris resplandor no es el resplandor matutino, es sólo el pálido reflejo de la frente de Cintia ; no, no es la alondra la que hiera con sus notas la bóveda celeste a tan inmensa altura de nosotros. Más tengo inclinación de quedarme que voluntad de irme. Ven, muerte; ¡bienvenida seas! Así lo quiere Julieta. -¿Qué dices, alma mía? Platiquemos; la aurora no ha lucido.

JULIETA. Sí, sí, parte, huye, vete de aquí. Es la alondra la que así desafina, lanzando broncas discordancias, desagradables sostenidos. Propalan que la alondra produce melodiosos apartes; no es así, pues que deshace el nuestro. La alondra se dice que ha cambiado de ojos con el repugnante sapo: ¡oh! quisiera en este momento que hubieran también cambiado de voz pues que esta voz, atemorizados, nos arranca de los brazos al uno del otro y te arroja de aquí con sonos que despiertan al día. ¡Oh! Parte desde luego; la claridad aumenta más y más.

ROMEO. ¿Más y más claridad? Más y más negro es nuestro infortunio.

*(Entra la NODRIZA.)*

NODRIZA. ¡Señora!

JULIETA. ¿Nodriza?

NODRIZA. La señora condesa se dirige a vuestro aposento: es de día, estad sobre aviso, ojo alerta.

*(Vase la NODRIZA.)*

JULIETA. En tal caso, ¡oh ventana!, deja entrar el día y salir mi vida

ROMEO. ¡Adiós, adiós! Un beso, y voy a bajar.

*(Empieza a bajar.)*

JULIETA. ¡Amigo, señor, dueño mío! ¿así me dejas? Necesito nuevas tuyas a cada instante del día, pues que muchos días hay en cada minuto.

¡Oh! Por esta cuenta, muchos años pesarán sobre mí cuando vuelva a ver a mi Romeo.

ROMEO. Adiós; en cuantas ocasiones haya, amada mía, te enviaré mis recuerdos.

JULIETA. ¡Oh! ¿Crees tú que aún nos volveremos a ver?

ROMEO. No lo dudo; y todos estos dolores harán el dulce entretenimiento de nuestros venideros días.

JULIETA. ¡Dios mío! Tengo en el alma un fatal presentimiento. Ahora, que abajo estás, me parece que te veo como un muerto en el fondo de una tumba. O mis ojos se engañan, o pálido apareces.

ROMEO. Pues créeme, mi amor, de igual suerte te ven los míos. El dolor penetrante deseca nuestra sangre. ¡Adiós! ¡Adiós!

*(Desaparece ROMEO.)*

JULIETA. ¡Oh fortuna! ¡Fortuna! La humanidad te acusa de inconstante. Si inconstante eres, ¿qué tienes que hacer con Romeo, cuya lealtad es notoria? Sé inconstante, fortuna; pues que así alimentaré la esperanza de que no le retendrás largo tiempo, volviéndole a mi lado.

LADY CAPULETO *(desde dentro.)* ¡Eh! ¡Hija mía! ¿Estás levantada?

JULIETA. ¿Quién llama? ¿Acaso, la condesa mi madre? ¿Es que tan tarde no se ha acostado aún, o que se halla en pie tan de mañana? ¿Qué extraordinario motivo la trae aquí?

*(Entra LADY CAPULETO.)*

LADY CAPULETO. ¡Eh! ¿Qué tal va, Julieta?

JULIETA. No estoy bien, señora.

LADY CAPULETO. ¿Siempre llorando la muerte de vuestro primo? ¡Qué! ¿Pretendes quitarle el polvo de la tumba con tus lágrimas? Aunque lo alcanzaras, no podrías retornarle la vida. Basta pues; un dolor moderado

prueba gran sentimiento; un dolor excesivo, al contrario, anuncia siempre cierta falta de juicio.

JULIETA. Dejadme llorar aún una pérdida tan sensible.

LADY CAPULETO. Haciéndolo, sentirás la pérdida, sin sentir a tu lado al amigo por quien lloras.

JULIETA. Sintiendo de tal suerte la pérdida, tengo a la fuerza que llorarle siempre.

LADY CAPULETO. Vaya, hija, lloras, no tanto por su muerte, como por sabor que vive el miserable que le mató.

JULIETA. ¿Qué miserable, señora?

LADY CAPULETO. Ese miserable Romeo.

JULIETA. Entre un miserable y él hay muchas millas de distancia. ¡Perdónele Dios! Yo le perdono con toda mi alma y, sin embargo, ningún hombre aflige tanto como él mi corazón.

LADY CAPULETO. Sí, porque vive el traidor asesino.

JULIETA. Cierto, señora, lejos del alcance de mis brazos. ¡Que no fuera yo sola la encargada de vengar la muerte de mi primo!

LADY CAPULETO. Alcanzaremos venganza de ella, pierde cuidado: así, no llores más. - Avisaré en Mantua, donde vive ese vagabundo desterrado -a cierta persona que le brindará una eficaz poción, con la que irá pronto a hacer compañía a TEBALDO, y entonces, me prometo que estarás satisfecha.

JULIETA. Sí, jamás me hallaré satisfecha mientras no vea a Romeo -muerto- está realmente mi pobre corazón por el daño de un pariente. - Señora, si pudieseis hallar un hombre, tan sólo para llevar el veneno, yo lo prepararía de modo que, tomándolo Romeo, durmiera en paz sin retardo. - ¡Oh! ¡Cuánto repugna a mi corazón el oírle nombrar y no poder ir hacia él. - ¡Y no vengar el afecto que profesaba a mi primo sobre la persona del que lo ha matado!

LADY CAPULETO. Halla tú los medios, y yo encontraré el hombre. Ahora, hija mía, voy a participarte alegres noticias.

JULIETA. Sí, en tan preciso tiempo, la alegría viene a propósito. Por favor, señora madre, ¿qué nuevas son éstas?

LADY CAPULETO. Vaya, hija, vaya, tienes un padre cuidadoso, un padre que, para libertarte de tu tristeza, ha preparado un pronto día de regocijo, que ni sueñas tú ni me esperaba yo.

JULIETA. Sea en buen hora, ¿qué día es ése, señora?

LADY CAPULETO. Positivamente, hija mía, el jueves próximo, bien de mañana, el ilustre, guapo y joven hidalgo, el conde Paris, en la iglesia de San Pedro, tendrá la dicha de hacerte ante el altar una esposa feliz.

JULIETA. ¡Ah! Por la iglesia de San Pedro y por San Pedro mismo, no hará de mí ante el altar una feliz esposa. Me admira tal precipitación; el que tenga que casarme antes que el hombre que debe ser mi marido me haya hecho la corte. Os ruego, señora, digáis a mi señor y padre que no quiero desposarme aún, y que, cuando lo haga, juro efectuarlo con Romeo, a quien sabéis que odio, más bien que con Paris. Éstas son nuevas realmente.

LADY CAPULETO. Ahí viene vuestro padre, decidle eso vos misma y ved cómo lo recibe de vuestra boca.

*(Entran CAPULETO y la NODRIZA.)*

CAPULETO. Cuando el sol se pone, el aire gotea rocío; mas por la desaparición del hijo de mi hermano llueve en toda forma. ¿Cómo, cómo, niña, una gotera tú? ¿Siempre llorando? ¡Tú un chaparrón eterno! De tu pequeño cuerpo haces a la vez un océano, una barca, un aquilón; pues tus ojos, que mantienen un continuo flujo y reflujo de lágrimas, son para mí como el mar, tu cuerpo es la barca que boga en esas ondas saladas, el aquilón tus suspiros que, luchando en mutua furia con tus lágrimas, harán, si una calma súbita no sobreviene, zozobrar tu cuerpo, batido por la tempestad. - ¿Qué tal, esposa? ¿Le habéis significado nuestra determinación?

LADY CAPULETO. Sí, pero ella no quiere, ella os da las gracias, señor. ¡Desea que la loca estuviese desposada con su tumba!

CAPULETO. Poco a poco, entérame, mujer, entérame. ¡Cómo! ¿no quiere, no nos da las gracias? ¿No está orgullosa, [no se estima feliz de que hayamos hecho que un tan digno hidalgo, no valiendo ella nada, se brinde esposo suyo?

JULIETA. No orgullosa de lo alcanzado, sí agradecida a vuestro esfuerzo. Jamás puedo estar orgullosa de lo que detesto; mas sí obligada a lo mismo que odio cuando es indicio de amor.

CAPULETO. ¡Cómo, cómo! ¡Cómo, cómo! ¡Respondona! ¿Qué significa eso? Orgullosa y agradecida -desobligada -y sin embargo, no orgullosa -Oíd, señorita remilgada: no me vengáis con afables agradecimientos, con hinchazones de orgullo; antes bien, aprestad vuestras finas piernas para ir el jueves próximo a la iglesia de San Pedro, en compañía de Paris, o te arrastraré hacia allí sobre un zarzo. ¡Fuera de aquí clorótica materia! ¡Fuera, miserable! ¡Cara de sebo!

LADY CAPULETO. Vaya, anda, anda! ¿Estás sin sentido?

JULIETA. Querido padre, os pido de rodillas que me oigáis, con calma, producir sólo una frase.

CAPULETO. ¡Llévete el verdugo, joven casquivana, refractaria criatura»! Te lo repito: o ve a la iglesia el jueves, o nunca vuelvas a presentarme la cara. Ni una palabra, ni una réplica, muda la boca; tienen mis dedos tentación. -Señora, creíamos pobrementemente bendecido nuestro enlace porque Dios nos había dado tan sólo esta única hija; pero veo ahora que ésa una está de sobra y que hemos tenido en ella una maldición. ¡Desaparezca, miserable!

NODRIZA. ¡Que Dios, desde el cielo, la bendiga! -Hacéis mal, señor, en tratarla así.

CAPULETO. ¿Y por qué, señora Sabiduría? Retened la lengua, madre

Prudencia; id a parlotear con vuestros iguales.

NODRIZA. No digo ninguna indignidad.

CAPULETO. ¡Ea, vete con Dios!

NODRIZA. ¿No se puede hablar?

CAPULETO. ¡Silencio, caduca farfullera! Reserva tus prédicas para tus comadres de banquete; pues aquí no necesitamos de ellas.

LADY CAPULETO. Os acaloráis demasiado.

CAPULETO. ¡Hostia divina! Eso me trastorna el juicio. De día, de noche, a cada hora, a cada minuto, en casa, fuera de casa, solo o acompañado, durmiendo o velando, mi único afán ha sido el casarla, y hoy, que he hallado un hidalgo de faustosa alcurnia, que posee bellos dominios, joven, de noble educación, lleno, como se dice, de caballerosos dones, un hombre tan cumplido como puede un corazón desearlo... -venir, una tonta, lloricona criatura, una quejumbrosa muñeca a responder cuando se le presenta su fortuna: *Yo no quiero casarme, -No puedo amar, -Soy demasiado joven, - Os ruego que me perdonéis.* -Sí, si no queréis casaros, os perdonaré; id a holgaros donde os plazca, no habitaréis más conmigo. Fijaos en esto, pensad en ello, no acostumbro chancearme. El jueves se acerca; poned la mano sobre el corazón, aconsejaos. Si sois mi hija, mi amigo os alcanzará; si no lo sois, haceos colgar, mendigad, pereced de hambre, morid en las calles; pues, por mi alma, jamás os reconoceré; nada de cuanto me pertenece se empleará jamás en vuestro bien. Contad con esto, reflexionad; no quebrantaré mi palabra.

*(Vase.)*

JULIETA. ¿No existe, no hay piedad en el cielo que penetre la profundidad de mi dolor? ¡Oh tierna madre mía, no me arrojéis lejos de vos! Diferid este matrimonio por un mes, por una semana; o, si no lo hacéis, erigid mi lecho nupcial en el sombrío monumento que Tebaldo reposa.

LADY CAPULETO. No te dirijas a mí, pues no responderé una palabra. Haz lo que quieras, todo ha concluido entre las dos.

*(Se marcha.)*

JULIETA. ¡Dios mío! -Nodriza, ¿cómo precaver esto? Mi marido está en la tierra, mi fe en el cielo: ¿cómo esta fe puede descender aquí abajo, si no es que mi esposo me la devuelve desde arriba, abandonando el mundo? -Dame consuelo, aconséjame. -¡Ay, ay de mí! ¡Que el cielo ponga en práctica engaños contra un tan apacible ser como yo! -¿Qué dices? ¿No tienes una palabra de alegría, algún consuelo, nodriza?

NODRIZA. Sí, en verdad, hele aquí: Romeo está desterrado, y apostaría el mundo contra nada a que no osará jamás venir a reclamaros, y a que, si lo hace, será indispensablemente a ocultas. En vista de esto, pues que al presente la situación es tal,] opino que lo mejor para vos sería casaros con el conde. ¡Oh! ¡Es un amable caballero! Romeo es un trapo a su lado. Un águila, señora, no tiene tan claros, tan vivos, tan bellos ojos como tiene Paris]. ¡Pese a mi propio corazón, creo que es una dicha para vos este segundo matrimonio! Está muy por encima del primero y, prescindiendo de esto, vuestro primer marido no existe, lo que equivale a tanto como a tenerle viviente en la tierra sin que le poseáis.

JULIETA. ¿Hablas de corazón?

NODRIZA. Y también de alma, o que Dios me castigue.

JULIETA. Amén.

NODRIZA. ¿Qué?

JULIETA. Vaya, me has consolado maravillosamente. Entra y di a la condesa que, habiendo disgustado a mi padre, he ido a la celda de Fray Lorenzo a confesarme y a alcanzar absolución.

NODRIZA. Corriente, iré a decirlo; en esto obráis cuerdamente.

*(Vase.)*

JULIETA. ¡Vieja condenada! ¡Perverso Satanás! ¿Cuál es peor pecado:

inducirme así al perjurio, o improperar a mi señor con esa propia lengua que tantos millares de veces le ha puesto por encima de toda comparación?  
- Anda, consejera; tú y mi corazón han hecho eterna ruptura. -Voy a visitar al monje, para ver el recurso que me ofrece. Si todo medio falla, tengo el de acabar conmigo.

*(Vase.)*